

**OBSERVACIONES SOBRE LOS SALVAJES DE NORTEAMÉRICA (1783),
POR BENJAMÍN FRANKLIN**

**Traducción e introducción:
María de los Ángeles TODA IGLESIA
(Universidad de Sevilla)**

Aceptado: 29-X-2004.

Introducción.

El texto cuya traducción presentamos aquí fue publicado por primera vez por el propio Benjamin Franklin en la imprenta privada que poseía en Passy, en 1783; se difundió en inglés y en francés, y se incluye en el conjunto de textos breves y ocasionales que él mismo denominaba *bagatelles*.¹ No obstante, el documento reviste un interés mucho más allá de su origen aparentemente frívolo, en tanto que incide sobre cuestiones tan fundamentales para el pensamiento ilustrado como el concepto del buen salvaje y las comparaciones entre culturas.

En el momento de su publicación, la popularidad de Franklin había llegado a su punto álgido, y si en la recién creada nación estadounidense era admirado como diplomático, inventor, y padre de la patria, en Francia era venerado, como señala Leo Lemay, por encima de los más destacados filósofos y políticos, hasta el punto de ser considerado comparable solamente a Voltaire (1978, 12). Por añadidura, para los franceses Franklin representaba prácticamente la encarnación de América, de una América idealizada que prometía hacer realidad todos los sueños de la Ilustración. Por tanto, por leve y humorístico que fuera el tono del texto, derivaba de la fama de su autor una autoridad considerable.

¹ La única traducción de este texto al español que conozco se encuentra en la antología de textos de Benjamin Franklin titulada *El libro del hombre de bien*, cuya primera edición es de 1929, y en la que no figura el nombre del traductor. Aunque se ha reeditado varias veces a lo largo del siglo XX, actualmente este libro se encuentra descatalogado.

De hecho, Franklin poseía además cierta experiencia directa de la interacción con los nativos americanos, al haber estado presente en la firma de varios tratados, y aún antes de ello al haber publicado los textos de otros tratados en su imprenta de Filadelfia. En la segunda mitad del siglo XVIII, los habitantes blancos de las colonias (luego estados) del noroeste de los Estados Unidos, cerca de la actual frontera con Canadá, entraron en contacto con los pueblos iroqueses, cuyo poder y cuya organización política y social eran mucho más extensos y complejos que los de los grupos encontrados hasta entonces. Si en tiempos de paz era imprescindible contar con ellos, y existía entre nativos y colonos una continua interdependencia comercial, la intervención de la Liga de las Naciones iroquesas fue estratégicamente crucial tanto en la Guerra de los Siete Años entre Francia e Inglaterra (1756-1763) como en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos (1776-1783).

Por todo lo anterior, es comprensible que cualquier obra que tratara de estos poderosos aliados y temibles enemigos despertara interés; pero por añadidura, el texto de Franklin se enmarca en el contexto más amplio del deseo ilustrado de llevar a cabo la descripción, el análisis y la categorización de las sociedades humanas dentro de la disciplina que entonces se denominaba Historia Natural, de un modo que daría lugar a la nueva ciencia de la antropología. Al llevar a cabo este estudio, la razón ilustrada no abandonó ciertas ideas derivadas de la tradición judeocristiana, notablemente en su intento de establecer una clasificación jerárquica de todos los elementos de la naturaleza, incluidas las razas humanas, en la que se concebía a la raza blanca como el escalón más alto y como el patrón original a partir del cual se habían derivado, o habían degenerado, las demás. Como contrapartida de lo conservador de esta idea, los pensadores de la época defendían al mismo tiempo la creencia de que en último término todas las sociedades estaban insertas en un marco histórico común que tendía al progreso universal por medio de la razón. Al menos en potencia, todas las razas estaban llamadas a evolucionar: como argumentaba James Beattie en su *Ensayo sobre la naturaleza y la inmutabilidad de la verdad*, 1770, «tanto vale afirmar de un niño, que nunca podrá llegar a ser un hombre, que afirmar de una nación ahora bárbara, que nunca podrá llegar a ser civilizada» (citado en Eze, 1997, 35). Es obvio que en la práctica el pensamiento ilustrado en lo que se refiere a la raza podía ser tan contradictorio como lo era en lo que se refiere al género, y que no pocos filósofos y antropólogos (entre ellos Jefferson y Voltaire) defendieron, a despecho de Locke, la «inferioridad natural» de ciertas razas.

El texto de Franklin se alinea desde el principio con el proyecto de «examinar las costumbres de diferentes naciones con imparcialidad» a fin de establecer comparaciones entre culturas que permitan dilucidar los elementos verdaderamente acordes con la razón que existen en cada una de ellas; en este sentido, el texto es radicalmente moderno, más allá de su clara intención de satirizar de modo humorístico ciertos defectos de

la sociedad europea, desde su intolerancia a su falta de filantropía. Por lo que a esto se refiere, las *Observaciones* enlazan con la tradición literaria dieciochesca de la utilización del espectador extranjero como medio para criticar los vicios y los rasgos absurdos de la propia sociedad, como ya lo hicieran Cadalso, Montesquieu o Goldsmith. Si el texto cae en muchos de los tópicos de la versión dieciochesca de la ya muy arraigada tradición del buen salvaje —notablemente en su presentación de una sociedad sencilla, libre y tolerante, ordenada según la naturaleza— no es menos cierto que desafía muchos de los estereotipos que dominaban la percepción europea de los salvajes en general. Los desafía ante todo insistiendo en el carácter cultural, no natural, de dicha organización social: las diferencias no son arbitrarias e incomprensibles, sino resultado de esas costumbres que cada pueblo considera «la perfección del civismo». En este sentido, la sofisticación del texto alcanza, a partir de esa frase inicial, a convertir asimismo en objeto de humor el etnocentrismo de los propios indios, en tanto que «ellos piensan lo mismo» sobre la perfección de sus propias costumbres.

Franklin desafía también algunos estereotipos previos sobre el salvaje al dotar al lenguaje que emplean sus personajes indios, cuyas palabras afirma reproducir literalmente, de una complejidad léxica y sintáctica y de una variedad de registros poco usual en la representación del habla de los indios en textos escritos por blancos. En cuanto a la supuesta reproducción literal de estas palabras, Leo Lemay señala que dista mucho de ser exacta y de primera mano: el primer discurso sí se basa en el rechazo a una propuesta real que se hizo durante el Tratado de Lancaster, pero la elaboración de la respuesta es totalmente inventada; del mismo modo, la anécdota del misionero parece derivarse en último término de una tesis publicada en Uppsala a principios del siglo XVIII (1988, 503). Por último, en el episodio que supuestamente narra Conrad Weiser las palabras de Canassetego se parecen sospechosamente al conocidísimo —y también manipulado— discurso del jefe Logan, reproducido por Jefferson en sus *Notas sobre el Estado de Virginia* (1787) y empleado en múltiples ocasiones como ejemplo de la calidad de la oratoria india. Si bien todo lo anterior complica el texto en lo que se refiere a la manipulación de la voz del Otro colonizado por parte del Yo colonizador (un tema que no tengo espacio para desarrollar aquí) lo cierto es que, al menos en términos comparativos, la manipulación de Franklin introduce algunos elementos que rompen los estereotipos tanto del lenguaje rudimentario del mal salvaje como de la noble retórica del buen salvaje. Los tonos empleados por sus personajes abarcan desde la elaborada cortesía, no exenta de cierta sorna, de la respuesta pública a la primera propuesta sobre la educación, hasta el tono coloquial y desenfadado propio de una conversación entre amigos en la anécdota atribuida a Conrad Weiser. De este modo, los presenta como hablantes y pensadores competentes, capaces de expresarse con soltura en distintas situaciones de intercambio lingüístico e intercultural, y en suma como

individuos más complejos.

Finalmente, Franklin concluirá el texto con las palabras del último hablante indio, de un modo del todo acorde con los ideales de la Ilustración y con el deísmo que más o menos abiertamente profesaba. El texto se cierra con una defensa de la filantropía, un valor que, en línea con el primitivismo de la época, parece estar más presente en la hospitalidad de los salvajes que en la caridad cristiana de los civilizados. Pero para Franklin, ante todo, esta filantropía es uno de los valores universales acordes con la Razón, los cuales, según el ideal ilustrado del progreso común de todas las civilizaciones, caracterizarían a una sociedad verdaderamente evolucionada.

*

OBSERVACIONES SOBRE LOS SALVAJES DE NORTEAMÉRICA

Salvajes los llamamos, porque sus costumbres difieren de las nuestras, que nos parecen la perfección del civismo; ellos piensan lo mismo de las suyas.

Quizás si pudiéramos examinar las costumbres de diferentes naciones con imparcialidad, hallaríamos que no hay pueblo tan rudo que carezca de algunas reglas de educación, ni tan educado que no tenga algunos restos de rudeza.

Los hombres indios, de jóvenes, son cazadores y guerreros; de ancianos, consejeros, ya que todo su gobierno es mediante la opinión y el consejo de los sabios; no hay fuerza, no hay prisiones, ni oficiales para obligar a obedecer, ni para infligir castigos. Debido a ello, generalmente estudian oratoria, y el mejor orador ejerce la mayor influencia. Las mujeres indias cultivan la tierra, preparan los alimentos, crían y educan a los niños, y conservan y transmiten a la posteridad la memoria de las transacciones públicas. Estas ocupaciones de hombres y mujeres se consideran naturales y honrosas. Al tener pocas necesidades artificiales, disponen de abundante ocio para cultivarse mediante la conversación. Nuestro laborioso modo de vida, comparado con el suyo, lo estiman vil y esclavo; y el saber del que nos enorgullecemos lo consideran frívolo e inútil.

Un ejemplo de esto pudo verse durante el Tratado de Lancaster en Pensilvania, Anno 1774, entre el Gobierno de Virginia y las Seis Naciones. Cuando se resolvió el asunto principal, los Comisionados de Virginia hicieron saber a los indios, mediante un discurso, que existía en Williamsburg un colegio con un fondo para la educación de la juventud india, y que si los jefes de las Seis Naciones deseaban enviar a media docena de sus hijos a este colegio, el gobierno se ocuparía de que estuvieran bien atendidos, y de que se les instruyera en todo el saber de los blancos. Una de las reglas indias de educación consiste en no responder a una propuesta pública el mismo día en que ésta

se realiza; opinan que sería tratarla con ligereza, y que le demuestran respeto tomándose tiempo para considerarla, como materia importante. Por tanto, dilataron su respuesta hasta el día siguiente, cuando su portavoz comenzó por expresar su profundo reconocimiento por la amabilidad de la oferta, porque sabemos, dice, que valoráis en mucho el tipo de saber que se imparte en esos colegios, y que la manutención de nuestros jóvenes mientras permanecieran con vosotros os resultaría muy gravosa. Por tanto, estamos convencidos de que pretendéis beneficiarnos con esta propuesta, y os lo agradecemos cordialmente. Pero vosotros que sois sabios debéis saber que las distintas naciones tienen distintos conceptos de las cosas; y por tanto no os lo tomaréis a mal si resulta que nuestras ideas sobre este tipo de educación no resultan ser las mismas que las vuestras.

Hemos tenido alguna experiencia de esto: varios de nuestros jóvenes fueron educados antaño en los colegios de las provincias del norte; fueron instruidos en todas vuestras ciencias; pero cuando volvieron con nosotros, eran malos corredores, ignorantes de cualquier medio de vivir en los bosques, incapaces de soportar ni el frío ni el hambre; no sabían ni construir una cabaña, ni cazar un ciervo, ni matar a un enemigo; hablaban imperfectamente nuestra lengua; por tanto, no valían ni para cazadores, ni para guerreros, ni para consejeros; eran completamente inútiles para todo. No obstante, no por ello nos sentimos menos agradecidos por vuestra amable oferta, aunque la declinemos; y para mostraros nuestra gratitud, si los caballeros de Virginia desean enviarnos una docena de sus hijos, nos cuidaremos mucho de su educación, les instruiremos en cuanto sabemos, y los haremos Hombres.

Al tener frecuentes ocasiones de celebrar consejos públicos, han adquirido gran orden y decencia en llevarlos a cabo. Los ancianos se sientan en las primeras filas; los guerreros en las siguientes, y las mujeres y los niños en las últimas. La tarea de las mujeres consiste en observar con exactitud lo que ocurre, imprimirlo en la memoria, ya que carecen de escritura, y comunicarlo a sus hijos. Ellas son las Actas del consejo, y conservan la tradición de lo estipulado en tratados de hasta cien años atrás, que cuando se compara con nuestros escritos siempre resulta exacta. El que quiere hablar, se levanta. El resto guarda un profundo silencio. Cuando ha terminado y se sienta, le conceden cinco o seis minutos para reflexionar, de modo que si ha omitido algo de lo que pensaba decir, o si tiene que añadir algo, puede volverse a levantar y comunicarlo. Interrumpir a otro, incluso en una conversación común, se considera altamente impropio. Qué diferencia con la conducta de una educada Cámara de los Comunes británica, donde apenas pasa un día sin alguna confusión que deje al presidente ronco de pedir «¡Orden!»; y qué diferencia con la modalidad de conversación en muchas compañías educadas de Europa, donde si no pronuncias tu frase con gran rapidez, te ves cortado a la mitad de ella por la impaciente locuacidad de aquellos con quienes conversas, y nunca se te permite terminarla.

La educación de estos salvajes en la conversación se lleva de hecho a extremos excesivos, ya que no les permite contradecir, o negar la verdad de, lo que se dice en su presencia. Por este medio sin duda evitan las disputas, pero entonces se hace difícil saber lo que piensan, o qué efecto provocamos en ellos. Los misioneros que han intentado convertirlos al cristianismo se quejan todos de esto como una de las grandes dificultades de su misión. Los indios escuchan con paciencia cuando se les explican las verdades del evangelio, y dan sus habituales muestras de asentimiento y aprobación; uno pensaría que están convencidos. Nada de eso. Es mera cortesía.

Un predicador sueco, habiendo reunido a los jefes de los indios Susquehanah, pronunció un sermón, dándoles a conocer los principales hechos históricos en que se basa nuestra religión, como la caída de nuestros primeros padres por comer una manzana, la venida de Cristo a reparar los desperfectos, sus milagros y sufrimiento, etc. Cuando terminó, un orador indio se levantó para darle las gracias. Lo que nos has dicho, dice, está muy bien. Sí que es malo comer manzanas. Es mejor usarlas todas para hacer sidra. Nos sentimos muy agradecidos por vuestra amabilidad al venir desde tan lejos para contarnos las cosas que habéis recibido de vuestras madres. A cambio os contaré algunas de las que hemos recibido de las nuestras.

En el principio nuestros padres sólo tenían la carne de los animales para subsistir, y si no tenían éxito en la caza, pasaban hambre. Dos de nuestros jóvenes cazadores, habiendo matado un ciervo, hicieron fuego en el bosque para guisar algunas piezas. Cuando estaban a punto de satisfacer el hambre, he aquí que vieron a una bella joven descender de las nubes y sentarse en aquella colina que allí veis entre las montañas azules. Se dijeron uno al otro, es un espíritu que quizá ha olido el ciervo que estamos guisando, y desea comer de él; ofrezcámosle algo. Le presentaron la lengua; a ella le agradó su sabor, y dijo: vuestra amabilidad será recompensada. Volved a este lugar dentro de trece lunas, y hallaréis algo que será de gran beneficio para nutrirnos a vosotros y a vuestros hijos hasta la última generación. Así lo hicieron, y para su sorpresa encontraron plantas que nunca antes habían visto, pero que desde aquellos remotos tiempos se han cultivado constantemente entre nosotros, para nuestro gran provecho. Donde su mano derecha había tocado la tierra, encontraron maíz; donde su mano izquierda la había tocado, encontraron judías; y donde su trasero se había sentado, encontraron tabaco. El buen misionero, disgustado con este cuentecillo vano, dijo, lo que yo os he predicado eran verdades sagradas; pero lo que vosotros me contáis es mera fábula, ficción y falsedad. El indio, ofendido, replicó, hermano, parece que tus amigos no te han hecho justicia al educarte; no te han instruido debidamente en las reglas elementales de la cortesía. Ya has visto que nosotros, que comprendemos y practicamos esas reglas, hemos creído todas tus historias; ¿por qué te niegas tú a creer las nuestras?

Cuando alguno de ellos entra en nuestras ciudades, nuestra gente tiene la costumbre

de agolparse a su alrededor, de quedarse mirándolos, y de incomodarlos cuando desean estar solos; esto lo consideran muy grosero, y resultado de una falta de instrucción en las reglas del civismo y las buenas maneras. Nosotros sentimos, dicen, tanta curiosidad como vosotros, y cuando entráis en nuestras ciudades buscamos oportunidades de contemplaros; pero para ello nos escondemos detrás de los arbustos por donde tenéis que pasar, y jamás os imponemos nuestra presencia.

La forma de entrar unos en los poblados de los otros también tiene sus reglas. Se considera descortés que los forasteros que viajan entren abruptamente en un poblado, sin dar noticia de su llegada. Así, en cuanto llegan a donde les alcanza la voz, paran y llaman a gritos, permaneciendo allí hasta que les invitan a entrar. Dos ancianos, por lo general, salen a recibirlos, y los conducen al interior. En cada poblado hay una vivienda vacía, que se llama la casa de los forasteros. Aquí se les instala, mientras los ancianos van de cabaña en cabaña informando a los habitantes de que han llegado forasteros, que probablemente se encuentren cansados y hambrientos; y cada uno envía lo que puede ofrecer de vituallas y de pieles para reposar sobre ellas. Cuando los forasteros se han repuesto, se traen pipas y tabaco, y entonces, pero no antes, comienza la conversación, con preguntas sobre quiénes son, a dónde van, qué noticias traen, etc; y generalmente termina con ofrecimientos de ayuda, por si los forasteros precisan guías o alguna cosa necesaria para continuar su viaje; y no se les exige nada por esta acogida.

La misma hospitalidad, que se estima entre ellos como una virtud esencial, la practican los individuos particulares; de lo que Conrad Weiser, nuestro intérprete, me dio el siguiente ejemplo. Él había sido adoptado por las Seis Naciones, y hablaba bien el idioma de los mohocks. Yendo por territorio indio a llevar un mensaje de nuestro gobernador al consejo de los onondaga, hizo una visita a la vivienda de Canassetego, un viejo conocido, que le abrazó, extendió pieles para que se sentase, le ofreció alubias guisadas y venado, y le mezcló ron con agua para que bebiese. Cuando estuvo bien repuesto, y hubo encendido su pipa, Canassetego empezó a conversar con él, preguntándole qué había sido de él durante los muchos años que hacía que no se veían, de dónde venía en esta ocasión, cuál era la causa del viaje, etc., etc. Cuando respondió a todas sus preguntas, y cuando la conversación comenzaba a decaer, el indio, para continuarla, dijo: «Conrad, tú has vivido mucho tiempo entre los blancos, y sabes algo de sus costumbres; he estado algunas veces en Albany, y he observado que cada siete días cierran las tiendas y se reúnen todos en la casa grande; dime, ¿eso para qué es? ¿qué hacen allí?» «Se reúnen allí», dice Conrad, «para oír y aprender cosas buenas.» «No me cabe duda», dice el indio, «de que eso es lo que te dicen; a mí me han dicho lo mismo; pero yo dudo que lo que dicen sea verdad, y te voy a dar mis razones. Hace poco fui a Albany a vender mis pieles, y a comprar mantas, cuchillos, pólvora, ron y cosas de éstas. Tú sabes que yo generalmente trataba con Hans Hanson, pero esta vez tenía yo la

intención de probar con algún otro comerciante. Sin embargo, fui primero a ver a Hans, y le pregunté que a cuánto pagaba el castor. Dijo que no podía dar más de cuatro chelines por libra; pero, me dice, ahora no puedo hablar de negocios; éste es el día en que nos reunimos para aprender cosas buenas, y voy a la asamblea. Así que pensé para mí, ya que no puedo hacer negocios hoy, igual me da ir yo también a la asamblea, y me fui con él. Se puso de pie un hombre de negro, y empezó a hablar muy enfadado a la gente. Yo no le entendía lo que decía, pero como veía que me miraba mucho, y a Hanson también, me imaginé que estaba enfadado porque yo estaba allí; así que me salí, me senté cerca de la casa, prendí lumbre y encendí mi pipa, esperando a que se disolviese la reunión. Me pareció también que el hombre había dicho algo de castor, y sospeché que podía ser ése el tema de la asamblea. Así que cuando acabó abordé a mi comerciante: Bueno, Hans, le digo, espero que hayáis acordado pagar más de cuatro chelines por libra. No, dice él, no puedo darte tanto. No puedo dar más de tres chelines y seis peniques. Entonces hablé con otros tratantes, pero todos me salían con la misma historia, tres con seis, tres con seis. Esto me dejó claro que mis sospechas tenían fundamento; y que por mucho que fingieran que se reunían para aprender cosas buenas, el verdadero propósito era ponerse de acuerdo para estafar a los indios en el precio del castor. Tú piénsalo un poco, Conrad, y tendrás que estar de acuerdo conmigo. Si se reunieran tan a menudo a aprender cosas buenas, ya tendrían que haber aprendido alguna en todo este tiempo. Pero siguen ignorantes. Tú conoces nuestras costumbres. Si un blanco que viaja por nuestro territorio entra en una de nuestras cabañas, todos le tratamos como yo te trato a ti: le secamos si está mojado, le calentamos si tiene frío, y le damos alimento y bebida para que pueda saciar su sed y su hambre, y extendemos pieles suaves para que descanse y duerma; y no le pedimos nada a cambio.² Pero si yo entro en casa de un blanco en Albany, y le pido vituallas y comida, me dicen: ¿dónde tienes el dinero? y si no tengo, me dicen, ¡fuera, perro indio! Como ves, no han aprendido todavía esas pequeñas *cosas buenas*, que a nosotros no nos hace falta aprender en ninguna asamblea, porque ya nos las enseñaron nuestras madres cuando éramos pequeños. Y por tanto es imposible que sus reuniones sean como dicen para ese propósito, ni que tengan ese efecto; sólo son para ponerse de acuerdo en la manera de estafar a los indios en el precio del castor.»

² Es notable que en todas las edades y naciones se haya reconocido la hospitalidad como la virtud de aquellos a quienes los civilizados quisieron dar el nombre de bárbaros; los griegos alababan por ella a los escitas. Los sarracenos la poseían en alto grado, y es hasta hoy día la máxima virtud de los fieros árabes. San Pablo también, en la relación de su viaje y su naufragio en la isla de Melita, dice, los bárbaros habitantes nos trataron con no poca humanidad, ya que encendieron un fuego, y nos acogieron a todos y cada uno, debido a la lluvia que caía y debido al frío.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Sobre Franklin y el texto:

FRANKLIN, Benjamin, *Remarks on the Savages of North America*, 1783, ed Paul Lauter, *The Heath Anthology of American Literature*, vol I, Houghton Mifflin, Boston, 1998, pp. 754-758.

LEMAY, J. A. Leo, «Introduction», *Remarks, An Early American Reader*, USIA, Washington, 1988, pp. 503-504.

LEMAY, J. A. Leo, and G. S. ROUSSEAU, *The Renaissance Man in the Eighteenth Century*, California UP, Los Angeles, 1978.

PABÓN, Jesús, *Franklin y Europa (1776-1785)*, Rialp, Madrid, 1957.

Sobre antropología de la Ilustración e imágenes de los nativos de Norteamérica:

BERKHOFER, Robert E., Jr, *The White Man's Indian*, Random House, New York, 1979.

EZE, Emmanuel Chukwudi, *Race and the Enlightenment: A Reader*, Blackwell, Londres, 1997.

GOSSETT, Thomas, *Race: The History of an Idea in America*, Schocken, New York, 1965.

HARRIS, Marvin, *El desarrollo de la teoría antropológica: una historia de las teorías de la cultura*, Siglo XXI, Madrid, 1985.

MURRAY, David, *Forked Tongues: Speech, Writing and Representation in North American Indian Texts*, Pinter, London, 1991.